
Carlos Díaz, *¿Y al maestro quién le hace?*, Madrid: Didaskalos (Colección «Pedagogía», 13), 2024, 184 pp., 15 x 21, ISBN 978-84-19431-30-1.

El doctor Carlos Díaz Hernández (Canalejas del Arroyo, Cuenca, 1 de noviembre de 1944) es un profesor, investigador, traductor y ensayista de preclara y vastísima cultura. Notoriamente conocido por sus conspicuas aportaciones a la filosofía personalista, ha contribuido egregiamente desde la *Fundación Emmanuel Mounier*, desde su cátedra en la Universidad Complutense de Madrid, así como a través de numerosas publicaciones, cursos y conferencias, a difundir un pensamiento hondamente arraigado en el humanismo cristiano.

En el caso que nos ocupa, el autor ha elaborado esta obra para contestar al interrogante que aparece en la cabecera del libro, ¿Y al maestro quién le hace? La médula de sus consideraciones muestra que “la escuela no se construye tan sólo con materiales de diseño preprogramados, sino con materiales amasados en el espíritu, siendo el buen maestro la forma que da sentido a los contenidos. El maestro es el alma de la escuela, ningún ladrillo construye el

edificio, es necesario un maestro” (p. 11). Y un maestro puede llevar este glorioso nombre si procura vivir lo que enseña, y enseñar lo que cree. Al maestro no lo forja la banal retórica. Sólo por agradecimiento del discípulo queda elevado el maestro a la condición de tal. “Por excelente que fuere, nadie merece el título de maestro; esa honra sólo puede otorgarla el discípulo agradecido; es él quien hace nacer al maestro, es él quien, al denominarle maestro, le constituye en tal por un acto otorgado de gratitud. Que el discente quiera reconocer al docente como maestro depende de la exclusiva soberanía del discípulo. Pero nadie puede reivindicar ni exigir; no pretenderlo sería la única condición para merecerlo. Y, si el discente al que hemos aupado no nos da crédito como maestros, quien se lo pierde es él, el desagradecido-desagraciado-desgraciado, pues pocas cosas habrá en el mundo menos capaces de producir felicidad que la de ser incapaz de agradecer. Mas, si el maestro se reconoce en el discípulo, y éste en aquél, dos manos han arrancado al silencio los arpegios más nobles del alma” (p. 27). En pocas palabras, un maestro puede honrarse con esta denominación si entabla una relación interpersonal con el alumno, con su mundo, con las personas de la sociedad, si estrecha la relación con Dios, que es la savia nutricia y vital del acto pedagógico.

A esta síntesis llega el lector tomando entre las manos un volumen que, tras un precioso prólogo de un maestro rural peruano (pp. 9-12) y un evocador proemio del autor (pp. 13-21), se compone de siete enjundiosos capítulos. El primero se titula “El fuego cruzado anti-maestro” (pp. 23-41) y bosqueja una especie de *status quaestionis* sobre la situación del maestro en nuestra sociedad postmoderna. El estilo de esta publicación es frecuentemente aforístico. Al respecto, me parece oportuno y revelador reproducir este troquelado párrafo: “Mucho profesor, apenas maestros. Mucha información, apenas formación. Mucha noticia, poca cognición. Mucho paroleo, poca crítica. Mucha palabra, poco concepto. Mucho poco y poco mucho. Mucha metodología, poca axiología. Muchas cabezas llenas, pocas bien hechas. La escuela es peor que una cárcel, pues en una cárcel no se fuerza a los presos a que lean libros escritos por los vigilantes y por el director: ‘Tuve que interrumpir mi formación para ir a la escuela’. La escuela parece tan poco compatible con la enseñanza como el desierto con los druidas, de ahí que no haya que otorgar demasiados premios al mejor druida; si se quieren druidas lo mejor será comenzar a plantar bosques. Los jíbaros han dejado tan pequeñas las cabezas, que cabrían en el ombligo de una mosca, y aún quedaría espacio: ‘He hecho un curso de lectura veloz y he leído *Guerra y Paz* en veinte minutos. Habla de

Rusia. También he disfrutado mucho en esa otra obra de teatro, especialmente en el descanso” (p. 37). Es un paradigmático ejemplo de la forma que Carlos Díaz teje sus reflexiones, al amparo de una prosa incisiva y elegante, cincelada con esmero, en ocasiones vibrante, a menudo irónica y sin un curso excesivamente fijo, sino dejando fluir brillantemente las ideas para posteriormente expandir los horizontes e interpelar las conciencias.

El segundo capítulo es “El maestro despierta lo mejor” (pp. 43-59). Se trata aquí de recuperar la persona del docente como testigo, superar el pragmatismo educativo y ascender hacia una visión personalista, en la que prime lo interhumano. “El vínculo profesor-alumno es especial porque no hay completa reciprocidad, ni es posible que la haya. Ser maestro es un diferencial intercambiable. No obstante, tiene que haber de tiempo en tiempo un acercamiento personal a cada alumno sin que nada pueda sustituirlo, y por eso la profesión del educador es muy difícil [...]. Lo importante es que, como profesor, sea una persona en la cual pueda el niño tener confianza. Una enseñanza cuyo objetivo fuera el *qué* no sería educativa; pero si su meta es el *cómo*, entonces sí. La educación no es una cuestión del *qué*, sino del *cómo*: cómo se enseña, cómo se presentan las cosas, tarea muy difícil” (p. 50). Recuperar este vínculo personal y hacer de él un nuevo potencial educativo es lo que intenta proponer en el fondo el autor en este capítulo.

A continuación, Díaz Hernández nos presenta “La caja de herramientas del auténtico Maestro” (pp. 61-72). Son sugestivas páginas con hermosos y certeros trazos del perfil y el estilo que ha de identificar a un maestro cabal. Autorreflexión, mesura, orden, lealtad, altruismo, paciencia perseverante, cortesía, urbanidad, esperanza, puntualidad... son algunos de los términos clave de este conjunto de pinceladas que han de caracterizar el trato, el semblante y el competente proceder del buen docente. Ayudado por la experiencia de algunos próceres de la pedagogía, el autor plasma un bello retrato de quien consagra su vida a instruir a las nuevas generaciones: “A nadie de corazón egoísta, apático o indiferente debiera encomendarse una escuela, aunque tuviera mucha ciencia. Tiene amor al magisterio quien enseña y educa con dedicación y constancia; si ama el estudio y con los libros conversa; si propicia el orden y a él se somete y atiende; si tiene puesto el corazón en la escuela; si su espíritu no permanece duro y frío, sino que tiene palabras de bondad; si a nadie desprecia; si con todos se muestra feliz y alegre, imponiéndose cuando así lo demanda la necesidad verdaderos sacrificios, ese maestro es bueno, recto, compasivo, benévolo y generoso, pues rige y conquista amando” (p. 62). Y sigue

Díaz más adelante brindando al docente atinadas pistas de comportamiento: “El maestro no debe ser ni locuaz ni taciturno; hablará lo preciso cuando no deba callar, y callará cuando no deba hablar. La palabra es el instrumento principal de enseñanza, y también el más difícil de manejar. Hablar poco y bien, lo preciso y con oportunidad, lo que se haya pensado y no lo que salga, y cuidando mucho de si los discípulos atienden o no” (p. 66). Se comprende así que con estas provechosas herramientas se pueden encarar los retos educativos. En realidad, el autor, con las pautas desglosadas en este capítulo, no hace sino acrisolar la semblanza de ese maestro que despierta lo mejor que hay en el alumno, según advertía Díaz en el anterior capítulo.

En cuarto lugar, hallamos una especie de diccionario recopilador de “Palabras clave” para el profesor (pp. 73-125). Es el capítulo más largo de esta obra. En realidad, constituye su eje central. Se compone de ocho vocablos de significativo alcance: “Saber”, porque la educación requiere conocimientos, tanto el saber como el saberse, es decir, el maestro ha de llegar a conocerse a sí mismo, si quiere conocer a los demás; “Bienquerer”, ya que el magisterio no es solamente una transmisión de conocimientos, sino un acontecimiento afectivo en el que “saberse querido” y “querer” son claves decisivas; “Intentar”, puesto que no hay verdadera educación sin voluntad; “Deber”, porque todo acto educativo está marcado también por obligaciones y leyes; “Poder”, en la medida en que la educación es una potencia que forja en mí un carácter (que incluye muchas veces el no poder y por tanto el sufrir); “Esperar”, en cuanto que no hay educación sin esperanza de crecimiento y de fruto; “Hacer”, porque la educación se traduce en obras y no sólo en palabras; “Agradecer”, ya que el fundamento de posibilidad de toda pedagogía real es el alumno agradecido.

Sobre estos recios pilares se asienta el quinto capítulo, cuyo título es: “El maestro, un obelisco en la llanura, no un muñón” (pp. 127-142). Basándose en una serie de agudas observaciones de Charles Péguy, el profesor Díaz nos habla aquí de la necesidad de un sentido crítico en el maestro, de romper con el sentir de la “masa”, para constituirse en una sana resistencia, es decir, en marca o señal de humanidad ante el relativismo y el antiintelectualismo imperantes en la hodierna coyuntura pintada de esta guisa: “El camaleonismo tiene la última palabra. Para ser aceptado hay que mentir mucho, volverse correcto, caer de pie como los gatos, no moverse porque quien se mueve no sale en la foto. Nos miramos al espejo sin hallar nuestra efigie, quién sabe si somos quienes somos, para qué esforzarse en saber si tenemos alguna identidad debajo de las apariencias. Somos, si *estamos*, mercenarios de la guerra o señores de la paz.

Vivimos dentro de un *universo* engañoso, en una engañosología entre la perplejidad, la insinceridad y la mentira del autoengaño, con la subsiguiente carga de frustración y autodesprecio en las horas bajas. Si la verdad trae mala suerte, mejor la postverdad lábil, líquida, acomodaticia” (p. 137).

El penúltimo capítulo abre el campo de lo que sería “Otro modo de enseñar” (pp. 143-167). En esta “otra manera” se incluye el hablar, el escribir, el corregir, el ser buenos o libres, enseñados desde el arte de la nobleza, es decir, no del utilitarismo, sino de lo bueno como fin en sí mismo, como valioso por su propio contenido. Se llega así al capítulo séptimo que explicita un elemento que, en realidad, estaba ya presente desde el principio, sólo que escondido: el magisterio de Jesús, como óptica de esta propuesta educativa: “Mi Maestro y Señor” (pp. 169-177).

En definitiva, la editorial *Didaskalos* nos ha hecho un espléndido regalo sacando a la luz un libro enardecedor, altamente recomendable como magnífico instrumento que alienta a los profesores en su ardua labor, que los entusiasma con su tarea, al tiempo que incrementa en los alumnos la pasión por aprender. Al respecto y sin ambages, el autor subraya que “la cuestión no es únicamente si saben los maestros lo que exigen los tiempos, sino si les gusta enseñarlo, si aman su vocación de maestros, si disfrutan haciendo crecer, si son argumento de esperanza para la humanidad” (p. 14). Son inquietudes que se descubren e ilustran en estas páginas de modo ordenado y con hondura. Se convierten así en páginas que arrancan a quienes las lean, tanto si son docentes como si son discentes, de la mediocridad y la inercia a la vez que apuestan por el esfuerzo. A unos y a otros alejan de la modorra que a menudo anquilosa y fascina. A estos ingredientes, el volumen agrega el mérito importante de ser de fluida y sabrosa comprensión, profundo en su contenido y pulcro en su continente. Y todo ello para exponer con lucidez los grandes rasgos del magisterio, de ese quehacer que se concentra en el alumno, que lo consolida en su existencia, que se ensimisma con él estando con él.

Concluyendo, Díaz logra atrapar al lector con sus atractivos razonamientos, con citas hábil y diestramente traídas a colación, sembradas con estilo. Pero no es estilo vacío. Las frases bien acuñadas y felices abren al misterio del acto educativo, que está siempre por hacer. Diríamos que éste es el objetivo de esta obra, recuperar el “acontecimiento” en la educación.

En efecto, frente al mundo de la apatía, en el que nada sorprende, el magisterio ha sido siempre el lugar de lo nuevo y, a la vez, en flagrante paradoja, el lugar de la tradición y la transmisión de lo antiguo. Y de esta forma, entre-

lazando novedad y solera, el maestro logra con su autoridad facilitar la maduración del alumno. “El maestro me eleva, me ayuda a madurar, a estar más vivo, a mejor saber lo que sé y a querer saber más de lo que no sé. En su meandro sucesivo *augeo* pasa a llamarse *auxi*; maestro es quien me auxilia. *Auxi* deviene *auctum*, de donde procede *auctor*, autor responsable de las propias autorías: he sido yo. El maestro que me aúpa y ayuda a ser autor responsable es autoridad, yo le reconozco como tal sin autoritarismo deformador. Por eso son maestros, por su testimonio; la verdad tiene muchos predicadores, pero pocos mártires. Maestro: testigo y mártir (*martyría*). Lo es quien acude puntualmente a mi solicitud, no después; quien me da la mano, no desde arriba; quien comparte conmigo lo suyo y a la vez me proporciona la caña de pescar; quien respeta mi libertad sin situarse demasiado lejos. Quien eso sabe, sabe que el magisterio es ministerio. *Magister* (de *magis*, el que me hace ser *más*) solamente puede serlo el *minister* (de *minus*, el que me hace ser más haciéndose menos a sí mismo). Como tal, busca que el alumno llegue a ser más sirviéndole *ministerialmente*, *aminorándose*” (p. 44). ¡Excelente retrato de un óptimo maestro! Agradecemos al profesor Díaz que nos haya recordado verdades tan primordiales y vigorosas, y las haya formulado en el presente volumen de un modo tan original, perfecto y juicioso.

Fernando CHICA ARELLANO
Città del Vaticano
DOI 10.15581/006.56.3.757